

Efectos colaterales

El Río

Emilio Gavilanes

Ediciones La Discreta, 2005

Prólogo de Luis Mateo Díez

Emilio Gavilanes es un aún joven y siempre interesantísimo escritor que mantiene una trayectoria de excelente altura en su ya notable número de publicaciones, con un grado de autoexigencia inusual en las últimas letras españolas, mediante un proceso de depuración estilística y una concisión, precisión y condensación en el tratamiento de los temas que proclaman una madurez creadora que le hace obtener un reconocimiento inmediato por parte, y sobre todo, de escritores y profesionales de las letras.

El Río es un alarde de sutilezas. Para empezar, no es adscribible de un plumazo a un género en concreto. Participa tanto de la escenificación teatral como del flash fotográfico, de la noticia periodística como de la confidencia poética, del sabor concentrado del cuento como del largo aliento de la novela... Es una obra original y

atractiva, propia, moderna pero con sabor a clásico.

Una ojeada al índice del libro lo clasificaría como colección de relatos, de lo que ciertamente no está lejos, pero la lectura desvela ya desde el inicio la profunda idea unitaria que los comunica y anima. La atomización de las piezas, algunas tomadas como acotaciones de un texto teatral o incluso como pie de foto, trabaja en otro orden que el que sería estrictamente propio de un libro de cuentos. Aflora de inmediato, mediante la fluidez del ritmo –a modo de reportaje de *instantáneas* comentadas o mini-cortos cinematográficos– la construcción que los abraza, de tal manera que la estructura en sí deviene parte sustantiva de la temática.

Tampoco es una novela canónica, por cuanto en principio no mantiene unidad de personajes, ni se establece una clara línea de acción y consecuencias... Pero ¿no

es la elección de personajes secundarios, o aunque dispongan de nombre propio en la Historia –Alejandro, S. Antonio, Gautama (Buda), Jesús, Mateo Morral, etc.– pero siempre en el contexto de una anécdota pasada por alto en todos los libros, lo que le da una compacta unidad? ¿No es siempre la misma acción, el mismo personaje? ¿No son todos los hombres el hombre? (utilizo el vocablo en su acepción etimológica, *hominem*, ser humano).

Por supuesto, algunas espigas de esta bien prieta gavilla sí se ajustarían al modelo del cuento, eso sí, siempre breve: si 21 páginas, excepcionalmente, tiene el más largo, la media sería de unas dos páginas para el resto, y se dan casos en que no llegan a cubrir una cara. Hay piezas que podrían ser consideradas prosa poética, otras alcanzan la desnudez de la máxima o la implacable renuncia ascética del humilde rótulo. Pero el tono de lo poético desborda las orillas del estilo, ya que tanto el enfoque como la elección de los asuntos son de raigambre poética, en cuanto que se sustentan en el detalle y lo elevan a la categoría y calidad de materia relevante. Por ende, flota por todo el discurrir de lo escrito una constante, meticulosa y límpida precisión cirujana en la

elección de cada vocablo (Emilio Gavilanes es lexicógrafo), y un delicado –y voluntariamente adusto– engranaje de la frase.

Por todo ello, Gavilanes logra un perfecto equilibrio entre impacto, variedad y originalidad de la anécdota, por un lado, y hallazgo y cuidado estilístico, por el otro; entre lo longitudinal discursivo (narración), y lo particular y abstraído (poético): poseemos el sentido completo de *El Río* al tiempo que retenemos en las manos un puñado de agua.

Todo este ejercicio de imaginación poética del devenir histórico, esta búsqueda de la trascendencia de lo nimio, del pequeño detalle, de la historia –en minúscula– que acaece sin que casi nos demos cuenta, sin que la apreciemos en todo su calado y profundidad, nos es contado en un lenguaje conciso, de metódica precisión y –parecería paradójico si no fuera por contrapeso–, sin rodeos ni lateralidades, con la depuración propia de una lápida conmemorativa: los datos escuetos, sin más.

Las anécdotas son siempre sustanciales, como si de dar con el detalle que delate al asesino se tratara. Por ejemplo, el magnífico relato de cómo las naranjas con que se entrenó Mateo Morral para intentar el magnicidio pesaban

poco porque esa temporada sufrió el campo valenciano dos severas heladas...

Hay, pues, sustancia narrativa (muchos y bienhallados motivos) y sustancia poética; conmoción, por lo narrado, y emoción estilística, por el acurado trabajo de la lengua: esto es, hay una ética de la escritura.

Asistimos, como tras un cristal de vitrina en la pulcritud de un Museo, a la exposición distanciada, objetiva y fría, de verdaderas tragedias y horrores truculentos. No son gratuitos: muestran, ante nuestros cómodos ojos lectores, la crudeza de los hoy día llamados “efectos colaterales”, de quienes desde esa propia nomenclatura son mirados de soslayo, para no verlos directamente. Gavilanes, por el contrario, nos entrena a considerar toda la vida que anima en la periferia de la visión, fortalece una mirada que desdén lo frontal y obvio en beneficio de lo que anida en el campo emocional y visceral del reojo. La propia asepsia de la presentación, el distanciamiento brechtiano, trabajan para incrementar el impacto, nos soliviantan e incomodan más.

Nos hallaríamos, en ese “museo” aludido con anterioridad, en la sección dedicada a lo pre-histórico, en el sentido de que la Historia, a partir de los códigos escritos, fija

sus hitos en torno a nombres propios de unos –necesariamente escasos– hombres poderosos, mientras que en los hallazgos prehistóricos, inevitablemente azarosos, el anonimato y la variedad universalizan las muestras. Es probable que la propia aparición de los códigos escritos obedeciera, en gran medida, a la reafirmación del poder, junto con el deseo de sobrevivir a la Muerte fijándose en piedra, en efígie y texto, piedra duradera y densa que permitiera un anclaje en el discurrir del tiempo, que como los guijarros del río pudieran ser parte del lecho y no agua arrastrada por la propia corriente.

Es decir, el autor realiza una suerte de “catas” arqueológicas del discurrir de la Humanidad –incluso concluirá el texto (que no la acción) con un relato de anticipación– pero no bajo los indicios de grandes restos indicadores de centros de poder, sino tras el rastro de lo que ya en su momento debió ser considerado secundario... incluso por los que lo vivieron. La lateralidad no acaba en la elección de los personajes, que aun con nombre propio pueden contarse o no entre los más renombrados de nuestra Historia, sino que los propios sujetos de la acción ignoran la relevancia del

detalle que a nosotros se nos acaba revelando como verdadero núcleo.

Sobre la ignorancia y el olvido, temas recurrentes en la escritura de Gavilanes, cabe significar las piezas de inicio y final: la primera pincelada nos muestra unas gacelas persas que ignoran que están desplazándose en su diario recorrido alimentario. El paisaje, el mundo, para ellas es siempre el mismo, a pesar –¿o por ello?– de la continua trashumancia. La última, un relato futurista, concluye con la vuelta a la animalidad de un perro al que los humanos ya habían llegado a educar como humano...

No se trata tan sólo de atender a los bordes de la mirada, de repasar la Historia a través de personajes que serían categorizados en una película como “secundarios”; las propias situaciones narradas son extraídas del cesto de lo aparentemente nimio o intrascendente, del detalle pasado por alto, para convertirse en lo sustancial del relato, como si Gavilanes atrapara al vuelo un puñado de granos de arena de un mandala, y al rescatarlos en su mano los ennobleciera por darles protagonismo, pero mostrando a la vez la futilidad de la vida individual, de la existencia tomada de grano en grano; porque somos ya tan importantes como Augusto, pero Augusto mismo es poca cosa

en la inmensidad de la corriente... todos los granos son arena, y esa es su indiscutible cualidad. Y todo lo que nos sucede en la vida –y en realidad nuestra vida acaece a nuestro alrededor– es definitivo y decisivo para ella: el mar está contenido en la gota de agua.

Emilio Gavilanes nos recupera y dignifica para la Historia, y no únicamente a nosotros sino a nuestro significado diminuto, casi insignificante si no fuera porque todo es, a la postre, efecto colateral. Y lo colateral es muy importante; tanto, que quizá sea lo único que tenga verdadera importancia.

Pedro Maríné